

MAL BOLONIA RECIBE

A UN EXTRANJERO.

Santiago Polo.

El algecireño Lobón, inclinado sobre el hombre que estaba tendido, le desabrochó la camisa con dificultad. La sangre manaba espesa y lenta sobre la tela empapada por el agua. Enfocó la linterna con las manos entumecidas y vio la herida en el pecho, y que la sangre surgía brillante ante la luz. Desvió el foco y alumbró la cabeza que, sin tensión aparente se movía ladeada, con los ojos cerrados; se dejaba llevar por el balanceo, como flotando en la marea, ajena al fracaso y a la esperanza, hundiéndose en una sima abierta que lo precipitaba lejos de lo que ocurría a su alrededor. Tenía los labios ligeramente contraídos por una mueca en la indecisión del camino que va del dolor a la renuncia.

- ¡Ánimo! - le dijo -. También saldremos de ésta. ¡Ánimo! Y como si la diligencia pudiera alterar lo que la realidad se empeña en hacer incontestable, Lobón se apresuró a buscar un trapo limpio y cubrió con cuidado la zona de la herida. Después, lo arrojó con una frazada que subió de uno de los paños, y se la sujetó al cuerpo entremetiéndola por debajo de las piernas y de los brazos para que no se deslizara. Era un pobre abrigo, insuficiente para resguardarlo del azote de la lluvia.

Volvió a agacharse a su lado y le pasó la mano varias veces por la frente, de forma mecánica, como lo haría un sonámbulo o un autómatas, para secarle el agua, y trató inútilmente de alisarle el pelo revuelto, también él olvidado del barco, del temporal y del desastre del viaje. Y se quedó allí, como desposeído de pronto de voluntad, quieto, ensimismado, abriendo una brecha en el tiempo.

Arrojado hasta los hombros su amigo yacía en cubierta junto a los otros cuerpos inmóviles, a la vez que, desde el fondo del barco, surgían, fantasmales en la noche, entre tropicónes y entrecortados susurros de alarma que estallaban en voces de impaciencia y miedo, unos ojos almendrados abiertos hasta el límite de las órbitas. Subían, amedrentados unos, coléricos otros; oscuras formas que habían ido emergiendo: Serhani Yahya, que arrastraba del brazo a Fátima, y también Habib Naouli; detrás iba N'Doye, con su hato de baratijas que había metido dentro de una gran bolsa de plástico; y Keira Mbale, que se reía y no sabía por qué; y Dahmane Ibrahim; y Zamba, que se acercó a Lobón y después vio los cuerpos y abrió aún más los ojos y abrió la boca, y fue como si el blanco de los dientes y el blanco de los ojos hicieran un rasguño en la oscuridad de la noche. Pero no llegó a decir nada. Miró a Lobón con sus ojos de plato y se fue con los otros,

que ya se deslizaban por la borda, decidiendo entre la amenaza del mar y la ratonera del barco. Detrás subieron muchos más y siguieron saliendo de la bodega y el sollado, donde, estrujados, mareados, asfixiados, habían hecho el viaje, sometidos y ovillados, a merced del destino. Arriba llegaron Zaira y Taiza, detrás de su hermano Ahmed, con Francia y la casa de su otro hermano, Kaoshi, en el pensamiento, sin importarles vómitos ni mares ni kilómetros; y Kusi Gyamfi, que todavía no estaba seguro de que su saco de elefantes fuera flotador o lastre entre las olas. Y más, que seguían saliendo con la fuerza que da la rabia para seguir adelante, que a veces sirve incluso para no ser tragados por la marea, aun sin saber nadar; con la fuerza que da la rabia para olvidar que se tiene miedo.

Y desaparecieron todos del barco, como si una ráfaga de viento hubiera despejado la cubierta desarrumando la carga.

Fue entonces, al dirigirse hacia la cabina, cuando Lobón sintió una llamarada de dolor agudo que le subía por el brazo izquierdo y le estallaba en el espinazo. Se sujetó el brazo con la mano derecha y aulló de dolor. Quiso morderse las entrañas para aplacarlo. Dio un traspie y, trastabillando, se golpeó con la regala de estribor, y a punto estuvo de precipitarse por la borda, empujado por una manta de agua y por el bamboleo del barco. Aturdido, miró la mano manchada de sangre, comprendió que él también había sido alcanzado, y quedó perplejo unos instantes, mientras contemplaba el reguero de sangre que bajaba de su brazo y de su hombro, sin saber en qué momento del tiroteo había recibido los disparos.

Consiguió, después de varios intentos y con gran esfuerzo, desbloquear el timón, utilizando el brazo servible. Puso el motor en marcha mientras bajo el aguacero, el viento y el mar, encabritados con puñales de muerte y espuma, agitaban el barco a su capricho. Entre la espesa bruma y la muralla de nubes pedregosas, se vislumbraban las vagas luces de la costa, y se oían las voces lejanas e imperiosas de los civiles y el sonido de los silbatos; a la vez que otras voces, dispersas, indeterminadas, pero todavía próximas a la nave, de los que van chapoteando en dirección a la orilla; llegan a Lobón con un sonido sordo, como el de las olas rompiendo contra un acantilado bajo la niebla. Van llevados por la marea, empujados por los siglos de espera, y se llaman urgentes, socorriéndose, desfallecidos, abatidos por las olas y puestos de nuevo en pie, amarrando desesperadamente su voluntad a la bolsa de plástico donde va la ropa seca, ropa para la otra orilla y la vida nueva. Van Serhani y Fátima, que lo consiguieron en el siguiente viaje; y Kusi Gyamfi, que se escabulló en la oscuridad con un grupo, y vende sus elefantes en la plaza de Damm; y Zaira y Taiza, que no llegaron a Burdeos porque se quedaron a ganarse la vida bajo los plásticos de El Ejido; y Zamba, que murió de una cuchillada que le asestó un paisano suyo en Ballesta; y Sein, Baschir y Mamdouh, los tres atados a una cuerda, que parecían haber escalado una cumbre cuando por fin se derrumbaron en la orilla, y llegaron hasta el Maresme. Y otros muchos que llegaron, y en Baelo Claudia no había fiestas y los manes y los penates no agasajaron a los recién llegados: los arúspices no eran propicios. Sólo estaba la noche cerrada, con columnas de nubes como bañistas que se escurren el pelo, pero no olía a body milk ni a after sun y no había guiris en la playa. A esos, exhaustos, los metieron inmediatamente en furgones, apretujados de nuevo, atrapados otra vez en una pesadilla extraña y ajena. Ahmed no pudo ir con sus hermanas porque no llegó a la orilla; otros tampoco lo consiguieron. Nadie pudo contarlos.

Lobón echó una última mirada, pero no vio nada de eso. Arrastró como pudo los fardos y los arrojó por la borda. El mismo se quedó tendido sobre la regala, viéndolos alejarse, con la cabeza sobre el mar. Y sonreía, reía. Se reía del dolor y del fracaso, con una risa nerviosa que se le escurrió del rostro como manteca derretida. Al límite de sus fuerzas, fue a la cabina y puso rumbo mar adentro, fijó el timón y se amarró al sillín. Se sentía igual que un pedazo de carne podrida rechazada por un perro. Palpó los labios con la lengua y los percibió fríos como gusanos de seda... Cayó desvanecido sobre la rueda del timón. El barco se alejaba de la ensenada.

Cuando Pedro Lobón subió a bordo del “*Pedro y María*” en el muelle de Algeciras, Dahmane Ibrahim y Kusi Gyamfi acababan de llegar de Tánger. El olor a menta y a comino penetró en sus olfatos a medida que se sumergían en la marea humana que recorría, espesa y bulliciosa, el zoco, donde los propietarios de los bazares esperaban las recuas de turistas, más dados a mirar que a comprar, más propicios a hacer comentarios idiotas que a decidirse a aflojar la billetera. Las vacas flacas imponían al hormiguero humano un ritmo mortecino y sin dirección, como el de esa muchedumbre de jóvenes que, igual que los dos recién llegados, deambulaban por la ciudad sin ocupación específica, merodeando por las calles como un perro que ha olvidado dónde puso el hueso. Los minutos se les hacen horas y las horas se convierten en interminables días, a la caza soñolienta y desganada de un golpe de suerte, ofreciéndose a guiar al turista, que se lo quita de encima lo mismo que se espanta una empachosa mosca que se empeña en posarse en la ensalada. Pero puede que el visitante se deje convencer, y entonces se le lleva al museo del lunático de Forbess a ver los soldaditos de plomo, o al Palacio del Sultán, para que se crea en las *Mil y una noches* y, si busca a Sherezade, le ofrecerán a su hermana, aun sin tenerla; o sólo grifa. Pero si el turista es amante de los parajes naturales y confiado se la lleva a ver las cuevas de Hércules, y a lo mejor Salam, Driz o Hamid encuentran el as de oro y ese día come toda la familia. El guiri hará el camino de vuelta irritado, en dirección al consulado: “*Si, era joven, moreno y muy amable. Llevaba pantalones vaqueros, y dijo llamarse Mohamed.*”

Dahmane Ibrahim y Kusi Gyamfi no piensan quedarse en Tánger. Tienen la mirada puesta en la otra orilla mientras recorren sin conocerse las calles del antiguo centro, las mismas que cuarenta años atrás fueron refugio de capitales internacionales, y son ahora lugar de tránsito de cientos de africanos llegados de todas partes del continente con el sueño de llegar hasta donde pastan las vacas gordas, al otro lado del mar.

Hacia catorce semanas que Kusi Gyamfi salió de Zaire y atravesó la selva y el desierto, en autobús, en camioneta, y a pie. Atravesó las fronteras de Congo, Camerún, Nigeria, Niger y Argelia. Tallaba madera, comía una ración de pan y legumbres una sola vez al día, y seguía tallando. Sólo paraba a dormir; fue durmiendo cuando le robaron el pasaporte, en una choza a las afueras de Tinef. A partir de entonces se apartó de los pasos fronterizos. Hubo algo en el camino que le impresionó vivamente: se tropezó con el rally Paris-Dakar. Y cuando vio a los europeos y sus máquinas y las cosas que llevaban y cómo vivían, los contempló embobado y pensó que algún día él también manejaría un coche de esos. Fue entonces cuando estuvo seguro de haber hecho bien en coger todos sus ahorros para invertirlos en el viaje: “*Es como en la televisión. Todos tienen muchas cosas en Europa: ropa, comida y diversión. En Barcelona, en París, en Los Angeles. Yo iré a Europa y también tendré muchas cosas.*” Había visto Europa en la televisión, ¿o era América? Daba igual, era el mundo de los blancos, y tenían de todo.

Pedro tenía un barco, pero apenas era suyo. Lo había heredado a la muerte de su padre, junto a un montón de facturas. Estaba en el barco, limpiando y engrasando, cuando vio llegar a Mario por el muelle. Tras él se divisaba el ferry “*Ciudad de Zaragoza*”, que en esos momentos zarpaba en dirección a Ceuta. El ruido de la sirena espantó a las gaviotas.

- Buen día para pescar.
- Sí, - contestó Lobón -. Sobre todo si hubiera cliente.
- ¿Qué estás haciendo, Pedrito?

Mario Castro subió a bordo y comenzó a trajinar, tratando de hacerse útil. Era un hombre fuerte y activo, de un perímetro abultado pero asombrosamente ágil para su edad, que se había pasado la mayor parte de su vida embarcado. Había sido compañero del padre de Lobón durante mucho tiempo, y a él mismo,

desde muy joven, lo había tratado siempre como a una camarada. Por eso le admitía el diminutivo; a otro no se lo hubiera permitido. Sabía que era una muestra de cariño y no otra cosa.

Desde su niñez en El Rinconcillo, Mario había estado en todas partes, y ese era su tema favorito de conversación. El otro era que esto de la pesca está cada día peor: *“En veinte aquí no se arregla nada. La vida sube, y el salario sigue siendo el mismo”*, que cuánto mejor encontrar un empleo en tierra, le decía a Pedro. Era su consejo habitual desde antes de que éste se hiciera cargo del barco, antes incluso, cuando pensaba enrolarse para el banco sahariano o para ir a Gran Sol: *“Que es una vida de perros, el arrastre se echa cada tres o cuatro horas, y mientras está en el agua, el tiempo hay que repartirlo entre ajustar el aparejo y la comida; y eso si se ha terminado de separar el pescado, meterlo en cajas y congelarlo. Al final - terminaba Mario con gesto de que llevar una vida así clama al cielo - resulta que en veinticuatro horas, llegas a dormir dos o tres horas”*. Al decirlo, la cara se le encendía, indignado, como si su interlocutor tuviera la culpa. Y además, estaban los patrones y los armadores, siempre intentando engañarles con el peso, mermando la comisión, después de haber estado sesenta o setenta días en el mar. *“Sin días de fiesta ni perro que te ladre. Sólo la Nochevieja, que solía haber cena especial y el patrón sacaba whisky y polvorones. Ese día virábamos el arrastre como a las siete de la tarde, pero a la mañana siguiente ya estábamos de nuevo en el agua. Que es mucho tiempo, Pedro, Tener que estar casi tres meses en un camarote de ocho metros cuadrados con tres tíos más, cada cual de padre y de su madre. Hay que soportar las manías de los compañeros. Hay que tragar por todo, porque si no sería insoportable. Muchas veces ya no teníamos ni qué contarnos”*.

Castro anda ahora medio jubilado, desde que perdió en un despiste tres dedos de la mano derecha al engancharse con la puerta del arrastre. Ya no se embarca para las aguas del Sahara ni para Canadá: *“En Canadá pasé mucho tiempo, allí los barcos son buenos. Estás en la mar hasta seis meses, y puede haber ratos buenos y malos, pero aquí, en estos barcos tan sucios y con tanta mierda, la vida a bordo es un asco. Además, ahora ponen más dificultades, como sigan cerrando los caladeros, éstos - se dirige a los barcos atracados - se van a tener que dedicar a yo qué sé qué”*. Y sigue despotricando, es el cuento que les cuenta a todos los clientes y cuando no los hay, se lo endosa otras veces a Pedro. También se atreve con la política internacional, como aquella vez que discutió con un tipo que después resultó que era un lord inglés que paraba en Gibraltar: *“Que es como en los Estados Unidos, que cuando se empezó a negociar la retirada de los norteamericanos de Torrejón, se tuvo que dejar de pescar frente a Boston, un banco riquísimo. Hacías unas mareas que se ponían las bodegas a rebosar. Y que es lo que ocurre aquí cada vez que se le inflan las pelotas a nuestro ‘amigo’ de bay abajo”*. Y el parloteo continuaba mientras preparaba los aparejos, colocaba los bicheros o limpiaba los focos. *“Que no es buena vida, Pedro, que no”*, y cuenta de nuevo la historia de aquel compañero que enloqueció y andaba por el barco buscando a su mujer en todos los camarotes, o recuerda - *“No, otra vez no”*, suplica Lobón, sabiendo que es irremediable, pero gozoso de oírlo - la primera vez que éste, siendo un crío se embarcó, cuando su padre acababa de conseguir el barco, y lo mucho que se mareó. *“Pero no tuvisteis que darme el viejo remedio”*, interrumpe el joven. *“Claro que no, no fue necesario. No creo que te hubiera gustado comer el mendrugo de pan untado del combustible del barco”*. Ante el gesto de repugnancia de Pedro, Mario concluye: *“Pero es efectivo”*.

Llevaban toda la mañana poniendo a punto el barco, a la espera de algún cliente. Cuando dieron el trabajo por concluido, bajaron charlando por el muelle camino de La Piñera, donde en el bar de su cuñado recibe Lobón los mensajes.

El tráfico de vehículos y de pasajeros había aumentado en los alrededores. Los Peugeots y las furgonetas pasaban a su lado, atestados de familias con la casa a cuestas, en la baca, camino de la frontera. Hacía un rato que el barco de Tánger había entrado en el puerto.

Con un cigarrillo en la boca, Pedro estaba de pie, parado en la esquina del casino mirando hacia la calle Convento, con las manos en los bolsillos y las solapas del tres cuartos levantadas. Corría el viento y caía una fina lluvia desde hacía tres días, que a ratos se convertían en chaparrón. Era media tarde y la calle estaba vacía, los comerciantes no estarían muy contentos. Llevaba todo el día pensando cómo afrontar el asunto. Entre los gastos de atraque y mantenimiento, apenas le llegaba para ponerse al día en el pago. En las últimas tres semanas había salido cuatro días, y eso no parecía ser suficiente. El barco le estaba quitando el sueño. *"O llega un golpe de suerte o adiós el 'Pedro y María' "*. Tiró el cigarrillo y lo aplastó con el talón. Se detuvo en la acera, junto a un par de cabinas telefónicas y encendió otro. Miró el edificio y subió a la correduría.

- Los números cantan. El asunto es bien simple, o consigue hacer rentable el *"Aurora"* y actualizar los pagos, o tendrá que deshacerse de él.

- El *"Pedro y María"*, es el *"Pedro y María"*.

- Está bien - dijo el tipo al otro lado de la mesa. La puerta del despacho había quedado abierta y, al entrar, se había cruzado con un individuo en la antesala, que paseaba y hacía como que estaba muy interesado en las estampas marinas que colgaban de la pared. Lobón, que apenas se fijó en él, ahora lo miraba. Llevaba bajo el brazo una manoseada cartera de plástico negro, de las que tienen una cremallera que se descorre de dos de sus laterales; seguramente la que usó cuando iba a la escuela, o cuando no iba. El individuo estaba dentro de un traje de algo como sarga, de moda quizás antes de inventar el candil, de color leche manchada y con quemaduras de tabaco. Llevaba la corbata floja y una camisa blanca tan arrugada como el traje, que oscurecía cerca del cuello. En la tintorería debían estar aburridos de esperarlo. No se había afeitado. El *"Pedro y María"*, si así lo prefiere. Debe comprender que si este asunto lo llevamos nosotros es por deferencia de la empresa. Si la empresa hubiera domiciliado el cobro, el banco lo embargaría en cuanto vencieran los plazos.

- Ya lo sé, y es algo que agradezco, créame, señor Andrade. Sólo les pido que esperen un par de meses; en cuanto pase el invierno habrá más faena y podré acabar con esto.

- Piense que hay otras formas de ganarse la vida en el mar, además de la pesca.

Lobón no respondió. Estaba tratando de saber qué significaba esa mirada de tímida audacia que le dirigía, como la del perista que no quiere saber de dónde procede el anillo.

- En fin, tendré que consultar con ellos. Ya recibirá noticias nuestras. Tenga en cuenta que son tiempos difíciles para todos - dijo el fulano, que tenía aspecto de venirse abajo si le faltara su vasito de leche antes de dormir -. Su padre tuvo la confianza de la empresa y nunca nos defraudó.

"Y lo exprimieron bien entre todos", pensó Lobón mientras bajaba las escaleras. Preferiría una mala noche en el mar a vérselas con esta gente.

Cuando su padre, también Pedro, se cansó de pasarse la vida embarcando por un salario de mierda, fue cuando cerraron La Roca y fue también cuando instalaron industrias en la bahía. Una empresa de combustibles buscaba a alguien que patroneara un barco pequeño. Las funciones nunca estuvieron muy claras, dijeron que era para guiar los atraques en su fondeadero, pero la mayor parte de las veces se trataba de sacarlos a darse un paseo, a ellos, o a los peces gordos que venían de la central y les entraban ganas de pesca y de brisa marina.

Venían con su gorra y su chaqueta azul, y no tenían ni idea casi nunca de cómo se sujeta una caña. Como su padre tenía que guiar el barco y adiestrar a los aficionados, dijo que necesitaba un ayudante. Lo admitieron, y llegó Mario. Para lo que querían hubiera ido mejor un yate, pero disimularon la jugada comprando el “*Aurora*”, un viejo barco manejable y de pequeño calado, al que pusieron motor nuevo, hicieron reformas para dotar a sus camarotes de ciertas comodidades y pusieron butacas en la cubierta. Y así Lobón padre estuvo varios años de niñera, cargando la nevera de bebidas y aguantando sus caprichos, trabajando para diversión de aquella gente, sin horario, porque las juergas nunca se sabe cómo ni cuándo acaban, saliendo al Estrecho o a la Costa del Sol, o acercándose a Doñana o a Canarias.

Después, la empresa perdió interés y mostraron su intención de deshacerse del barco. Lobón les hizo una oferta y ellos, que estaban pensando en el desguace, la encontraron razonable. El “*Aurora*” se convirtió en el “*Pedro y María*” y, por primera vez en su vida, sus padres fueron dueños de algo, incluyendo una hipoteca que llegaba hasta la raya del horizonte.

Pedro salió a la calle, sacó otro pitillo y se detuvo a encenderlo junto a la fachada del banco, en los bajos del edificio. Entró en un bar, estaba necesitando un trago. Pidió de beber, a su lado una pareja daba cuenta de una ración de lomo en manteca. Alguien más allá pidió coca cola sin cafeina para su hijo, un crío que se aplicaba a las patatas fritas en lo alto de un taburete y que en un abrir y cerrar de ojos acabó con ellas. Ahora pedía Bollycao.

- ¿Problemas?
- Los suficientes - contestó Lobón al tipo que acababa de entrar. El traje se le adaptaba tan bien al cuerpo como si lo usara para dormir. De cerca, el cuello de la camisa estaba aún más negro.
- Creo haber oído que tienes un barco.
- Es posible.
- Y creo que tienes algunas dificultades, digamos financieras.
- Yo creo que tienes las orejas muy largas.
- Tranquilo, amigo, sólo trato de ayudar.-Hablaba cachazudo.
- ¿Ayudar a qué?
- A que arregles tus problemas - dijo. Tenía todo el aspecto de atraerlos por docenas - y a que de paso ganes algún dinero. Tengo negocios.

Lobón paseó groseramente su mirada por la chaqueta del individuo y preguntó.

- ¿Negocios de qué?
- No te precipites. Las apariencias engañan - y sacó una tarjeta con los bordes doblados -. Lee, amigo. “*Félix Claro. Importación y Exportación*”.

Venía una dirección y un teléfono de Algeciras.

- Ese soy yo. Llámame Félix; o claro, Félix, como todo el mundo, ¿comprendes?
- Claro, Félix, y ¿qué exportas o importas?, si puede saberse.
- Lo que haga falta. Hay mucho dinero por medio y tú estás limpio y con el barco en regla. Podrías ganar una pasta gansa. Pon precio.
- De nada me serviría en la cárcel.

El camarero estaba buscando una emisora en la radio. Se oyó música, era Julio Iglesias, “...soy un

trubán soy un señor y casi siempre en...” El niño, con la boca llena de chocolate, dijo que era música pedorra. Su padre y el camarero le rieron la gracia.

Lobón hizo ademán de irse y el otro le sujetó por el hombro.

- Estoy siempre por aquí o en el Mercedes. En Ceuta me encontrarás en el *Café España*, y en Tánger en el *Fuentes*. No hay pérdida.

Lobón le apartó el brazo.

- No, si te buscara.

Le estaba empezando a entrar hambre. Salió a la calle, la lluvia arreciaba con más fuerza. Atravesó la Plaza Alta a toda prisa y se perdió por el Callejón de Ritz. Las palomas miraban caer la lluvia desde lo alto del campanario de la Iglesia de La Palma. “*Jo, qué tipo*”, pensó Lobón. “*Una multinacional con sede en Algeciras, Ceuta y Tánger*”.

En Tánger estaban Serhani y Fátima desde hacía una semana. Más tiempo que N’Dole, que acababa de llegar con su bolsón lleno de relojes y mecheros, y menos que Dahmane Ibrahim, que ya hacía tres meses que esperaba su oportunidad. Serhani trabajaba de albañil, igual que Ibrahim, que fue quien le llevó a hablar con el patrón de la obra. Los dos y Fátima, y muchos más, dormían en una mísera pensión en la plaza de Soukd Dadkil, donde pagando doce dirhams por cabeza podían pasar la noche en un pequeño e inmundo cuarto, junto a cuatro o cinco personas más. Todos ellos esperaban reunir el dinero suficiente para llegar a la orilla rica.

Dahmane Ibrahim era profesor en Safi. Ahora tiene las manos reventadas de trabajar de sol a sol en la obra por veinte dirhams. En la misma plaza, desde su pensión, puede ver el que fuera antiguo edificio de correos durante la época de protectorado español, donde los hermanos de la Cruz Blanca reparten la sopa boba. El mismo comió allí cuando llegó desfallecido a la ciudad. En el comedor, un concurso de la televisión de España repartía alegremente millones de pesetas y coches entre gritos histéricos. Él no tenía ni pasaporte ni visado, pero pensó que en cuanto consiguiera algún dinero llegaría allí como fuera.

El terminar el día, subían a la terraza del bulevar Pasteur y contemplaban el puerto y la bahía. Fátima le contaba a Dahmane cómo su madre, Jadicha, deseaba ese viaje y se murió sin poder realizarlo. Y cuenta que casi todas las tardes de su vida habían transcurrido junto a la playa de Sidi Abed, cosiendo ropa usada por unos cuantos dirhams y soñando con escapar algún día con Serhini hacia el Norte, de donde cada verano llegaban ricos los que se habían marchado pobres.

- Un día uno de aquellos vecinos me contó que allí todo era distinto; que las mujeres no tenían que enterrar su sonrisa bajo un trapo de seda.

- Y que los hombres - terció Serhani Yahya con voz calmosa - trabajan sin esperar que la caprichosa misericordia de Alá les llene la boca. Creo que fue aquel día cuando decidimos que nos marcharíamos.

Fue al casarse, cuando el padre de Serhani vendió un huerto para que pudieran emprender el viaje.

- La noche que vendió el huerto habló, y lo hizo serio como nunca, y creo que con una felicidad serena que hasta entonces había desconocido.

Los ojos de almendra de Fátima brillan aún más cuando Serhani recuerda las palabras: *“Id a conocer la otra orilla, por la que os he visto tantas veces tan tristes en la playa... Conseguiréis lo que deseáis con la luna nueva, el mar estará en calma y la voluntad de Alá estará con vosotros”*.

Los tres respiran el aire perfumado que sube por la medina.

El mar estaba empeorando, pero el tipo parecía tener ganas de seguir.

- ¿Qué tiempo cree que va a hacer?
- Es realmente bueno. Hoy picarán de seguro; hay que cebar bien el anzuelo.

Era el segundo día que salían y aún no había conseguido nada. De hecho, podría haber obtenido algo, pero era un impaciente. Como de costumbre, no tenía ni idea del asunto y había que estar todo el rato pendiente para que no echara a perder el aparejo.

- No parece que asome ninguno.
- Pues están ahí, y los hay en abundancia. Tendremos la luna precisa y la brisa adecuada. Ahora todo es cuestión de meternos en una buena corriente.
- Todo eso me suena a cuento. Siempre es demasiado pronto o demasiado tarde. Sopla mucho viento o no sopla nada o no sopla como debe. El caso es que no pican.

El tipo era duro de mollera pero tenía razón, no era buen día para la pesca. Amenazaba tormenta, la mar se estaba poniendo brava y la pesca se iría al fondo. Le habían avisado del Puerto de la Duquesa. Un fulano quería salir, un inglés que se dedicaba a los seguros, le dijeron. Lobón tenía contactos por toda la zona, desde Sotogrande a Marbella, de Gibraltar a Puerto Sherry, y le llamaban cuando alguien quería alquilar un barco para salir de pesca.

Estaba en la cabina, manejando, mientras Mario le daba palique al cliente.

- Sí, mister Patrick, en el banco sahariano el mar es totalmente gris; a veces parece una superficie metálica. Lo tiñe el placton. Tense el carrete, mister Patrick.
- Y ¿qué se pesca?
- En los caladeros del Sahara hay de casi todo: mucho calamar y mucho pulpo, algo de sepia y, sólo en contadas ocasiones, tense el carrete, mister Patrick, centollos y cigalas. Y también gallos y salmonetes y sardinas. A veces llenábamos la cámara con peces espada y marrajos.
- Hoy me conformaría con un marrajo. Me han dicho que hay marrajos en estas aguas. ¿No es verdad?
- Más al sur, mister Patrick. Y más bien en la franja costera.
- Pues vamos allá.

Estaba decidido, insistió y prometió una buena gratificación, el doble de lo ya estipulado. No pareció una mala idea, de hecho parecía haber acabado la mala racha hasta que surgió de no se sabe dónde la patrullera.

- Tendría gracia que ese fuera uno de los barcos que les hacíamos en Bazán - fue todo lo que se le ocurrió decir a Mario cuando los abordaron. También había trabajado en los astilleros. - Nos van a dejar secos - añadió más tarde.

La documentación, las billeteras, los aparejos, el tabaco, las botellas y los relojes y encendedores - también los de oro de mister Patrick - cambiaron de dueño. Encañonados y sin rechistar, pusieron rumbo a puerto.

A partir de ahí todo se desarrolló caótica y precipitadamente, Lobón se sintió en el centro de una pesadilla. Los plazos por pagar, sin dinero para la multa que le impondrían y para hacer frente al expolio del barco, sin dinero para nada, y sin documentación. El "*Pedro y María*" requisado. Mister Patrick y Castro se fueron derechos a sus consulados. Lobón no quiso ir, y se dedicó a vagar por las calles en un intento de aclarar las ideas. Solo, en medio de la multitud, pasaba sin mirar, hasta que alguien se detuvo frente a él.

- ¿Español? ¿Quieres pensión, comida? ¿Quieres mujeres? Dime, ¿Qué quieres?

- Quiero estar solo.

- Si quieres estar solo en Tánger, es que estás enfermo. Llévame contigo. ¿Tienes un camión? Llévame, yo iré en el chasis, sujeto entre los ejes. Te pagaré, llévame!

- No tengo camión, déjame.

Un río humano lo empujaba por las callejas. Salió a la calle de la Marina y llegó al Zoco Chico. Se sentó en un café y pidió de beber, antes de darse cuenta de que no llevaba dinero para pagar.

- ¿Problemas?

Lo miró sin contestar. Vestía el mismo traje gastado y, Pedro hubiera apostado, también la misma camisa sucia.

- Acabo de enterarme de que te han retenido el barco - insistió Claro -. Ya sabes, las malas noticias vuelan.

- ¿Nunca te haces lavar la ropa? - preguntó Lobón, desdeñoso.

- Sí, para las ferias la llevo al tinte. Y me pongo un clavel si torea Castillo.

Claro pasó por alto la arrogancia de Lobón y comenzó la faena.

- Ahora sí que estás en un apuro. Yo siempre digo que la parte más sensible del organismo humano son los bolsillos, y ahí es donde te duele. Pero creo que puedo ayudarte, si estás por la labor.

- ¿En qué vas a ayudar tú? - probó Lobón.

- ¿Llevarías una carga en el barco?

- ¿Qué barco y qué carga? No tengo dinero para recuperarlo, ni siquiera lo tengo para pagar esta copa.

- Oh, no te preocupes, invita Félix. ¿Quieres otra? Hay que tener paciencia y las cosas se arreglan. Aprende de ellos - dijo con parsimonia, señalando a los parroquianos -. De recuperar el barco me encargo yo. No más que enseñar algunos billetes a la gente adecuada. Digamos que es mi inversión. Ah, y si colaboras, una vez en el otro lado el señor Andrade será más compresivo contigo. No lo dudes.

- ¿Andrade está en esto?

- Bueno, con un poquito de aquí y un poco de más allá, se hace un montón - Claro se repantigó en la silla -. ¿Comprendes?

- Claro, Félix. ¿De qué se trata?

- Así me gusta. Ahora te das menos aires.

- A la fuerza ahorcan - respondió Lobón de mala gana.

- Claro, claro. Mira, todo lo que entra o sale de Tánger pasa por esta terraza, desde la época de la soberanía internacional. Sea lo que sea: droga, trata de blancas o tráfico de pajaritos.

- ¿Pajaritos?

- Pajaritos, senegales, corderos. Los tíos que quieren pasar y no tienen visado.

- Mejor eso.

- Están por todas partes y es un negocio sin demasiados riesgos, aunque ahora los pasadores lo tienen más difícil. Cosas de la política. Eso hace que aumenten los gastos, pero también las ganancias. Con un barco como el tuyo se puede hacer el trabajo de cinco pateras, y sin sospechas. Nadie va a mirar un barco de recreo. Los dejas en Punta Camorro o en cualquier otro sitio. Hay quien le ha echado tanto morro que los ha llevado hasta un pecio abandonado en el muelle de Algeciras, el "Latifa", y allí se los ha descolgado. Y si hay problemas, los desembarcas de nuevo en la costa de acá, en la playa de Dalia, en Punta Cires, donde quieras. O los tiras al mar; no serías el primero.

- Eres un mal bicho, Félix.

- Oh, claro. Tu espérame aquí, o en el Najah, o en el Menara. Yo lo arreglaré todo.

- ¿Cuánto?

- Oh, claro, sí. Eso ya veremos, pero será un buen pellizco y saldrás de apuros. Pero ten en cuenta que hay gastos, y mi comisión - dijo con risita de conejo, mientras se levantaba.

- Ah, oye. Nada de drogas ni de armas.

- Claro, claro. Y, ojo, que esto está lleno de chotas.

- ¿Chotas? - pregunto Lobón.

- Levantas la piedra y salen veinticinco chivatos.

En ese momento llegaba Mario, que miró a Claro con desconfianza.

- ¿Qué quería ese tipo? Es una hiena.

Lobón obvió la respuesta y preguntó a su vez.

- ¿Qué pasó en el consulado?

- Nada, que hay que ir con pies de plomo, que ahora están muy quisquillosos por lo del convenio de pesca y que habrá que esperar. Además, el inglés ha volado.

- Ya está resuelto, creo.

- ¿Resuelto? Te has dejado enredar en los líos de ese tipo. No lo sabes, Pedrito, ese tipo es la peste.

- Si no quieres venir, no vengas.

- ¿Qué haremos?

- Pasar ilegales.

- ¿Espaldas mojadas? - exclamó Mario, que siempre había procurado estar más o menos a este lado de la ley.

A la vera de la Gran Mezquita, por el laberinto de callejuelas que hay entre Ben Raisul y Dar el-Majzen, pululaban Habid Naouli, Sein y Baschir, y también Zamba. Zaira y Taiza, detrás de Ahmed, escuchaban al almuédano que desde el alminar convoca a los fieles a la oración.

Soplaba temporal de Levante, llovía intensamente y la mar estaba levantada. Cuando Lobón y Castro sacaron el "Pedro y María" del muelle, poco antes de la medianoche, la visibilidad era muy escasa. No había vigilancia. Esa tarde Claro se presentó con la documentación del barco y el negocio cerrado: a tres millas de la costa recogerían a los pasajeros. Trajo el dinero, una parte. La otra parte la entregaría un tiburón, Abdelkrin, cuando los senegales estuvieran a bordo, dijo Félix. Dos parpadeos de luz sería la señal.

Era una noche de perros, no para salir al mar, y Mario no dejaba de rezongar: "Si nos cogen nos meterán cien años en la cárcel. Podríamos volvernos atrás". "No, ya es demasiado tarde", había respondido Lobón. "¡Una luz! ¡Una luz parpadeando!". Se acercaron. Varias pateras, dos, tres, cuatro, que

habían salido de la playa de Hafa, se acercaron al barco. Iban sobrecargadas y apenas si sobresalían del agua, que las zarandeaba y las ponía en peligro de volcar.

- No te alejes de los controles pase lo que pase - ordenó Lobón - . En cuanto te avise, salimos pitando.
- ¿Quién es Abdelkrin? - voceó Pedro Lobón.
- Yo soy.
- Primero, el dinero.
- No, primero suben ellos.

Lobón les echó el cable y fueron subiendo. Les metía prisa y corrían como liebres asustadas. Subían ya los del último de los botes.

- ¿Qué es eso? - grito Lobón. Uno de los tipos cargaba un pesado fardo.
- Tranquilo, jefe. Es un modo de aprovechar el viaje - respondió Abdelkrin.
- Ni hablar - Intentó coger el bulto y arrojarlo por la borda- . Dije que en mi barco no llevo esta mierda, y es que no la llevo.

El otro le empujó.

- Lo siento, jefe, pero no sé nada de eso. Yo soy músico y me acuesto a las ocho.
- Que te folle un pez.

Una pistola apuntó a la frente de Lobón. Los últimos tres tipos acabaron de subir cuatro fardos más, y los tres botes quedaron abandonados en la corriente. Los cuatro iban armados.

- Y ahora, sin luces y derechos a Punta Camorro - ordenó Abdelkrin, dando unos golpecitos en la culata del arma que guardaba en el cinto, sobre la barriga.

- No lo comprendo - le dijo Castro a Lobón en la cabina.

- ¿El qué?

- Todo. Estos eran pescadores, y ahí los ves, metidos a pistoleros y traficantes. Nosotros no somos mejores, llevando a esa gente. Y esos pobres diablos de ahí abajo, pasando calamidades sólo porque quieren trabajar.

- Hay mucha gente tratando de comprender este lío, y no lo consiguen aunque saben de él más que nosotros.

- Y me temo que además no vamos a cobrar - concluyó Castro.

El tal Abdelkrin se puso a manejar la radio y los otros vigilaban la noche oscura del mar bajo el aguacero. La noche estaba empeorando y la mar estaba cada vez más brava.

Abajo, unos contra otros, unos con más miedo y otros con menos, todos apretaban la ilusión que viajaba dentro de bolsas negras de plástico. Al rato, ya olía a sudor, a vómitos y a orines. También olía a mar. Serhani recuerda a un marinero de su pueblo: *“El estrecho es muy peligroso. Tiene gran cantidad de ríos subterráneos que te pueden dar vueltas durante días antes de llevarte al fondo”*.

- ¿Cuánto falta? - preguntó Abdelkrin.

- Lo tenemos ahí mismamente.

- No veo nada.

- Pues ahí está.

- Lo primero es deshacernos de esa gente. Que bajen ya.

- Aquí es peligroso. Habrá que acercarse más. Mario, ve a proa con la pértiga. Cuando toques fondo, avisa.